

Individuo tirano y emprendedorismo en el capitalismo especulativo

Individual tyranny and entrepreneurialism in speculative capitalism

Mariano Terraf

Resumen

El individuo tirano refiere al sujeto empoderado por la tecnología digital que, obsesionado con la autoafirmación y el control a través de las redes sociales, impone sus preferencias y opiniones sin considerar las consecuencias sociales, éticas y políticas. Esta conducta, sumada a un régimen de posverdad, fomenta el descreimiento en las instituciones, el aislamiento y la no aceptación de lo distinto, propiciando que los individuos descarguen entre sí de opiniones infundadas e instaurando una lógica amigo-enemigo que hace emergir la actitud antipolítica y daña el tejido democrático. En paralelo, el capitalismo actual se caracteriza por el volumen masivo de capitales especulativos, generando crisis e inestabilidad. En este “capitalismo especulativo”, el neoliberalismo desde abajo emerge como estrategia de adaptación de grupos sociales, evidenciando cómo el emprendedorismo ha cooptado a la clase trabajadora. Este artículo propone analizar cómo la convergencia del individuo tirano, el emprendedorismo y el capitalismo especulativo genera una torsión en las subjetividades contemporáneas. Esta se manifiesta en la precariedad de sus condiciones de vida, la aceptación pasiva frente a la incertidumbre, la autoresponsabilización ante el fracaso, el individualismo extremo y la credulidad en narrativas que exigen apostar al riesgo en busca de un futuro mejor.

Palabras clave: especulación; individuo; tirano; capital; ficticio; emprendedorismo

Mariano Terraf

Universidad Nacional de Tucumán | San Miguel de Tucumán | Argentina | terrafmariano@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0009-7836-4289>

Abstract

The tyrant individual refers to the subject empowered by digital technology who, obsessed with self-affirmation and control through social networks, imposes his preferences and opinions without considering the social, ethical and political consequences. This behavior, coupled with a post-truth regime, fosters disbelief in institutions, isolation and non-acceptance of what is different, encouraging individuals to unload unfounded opinions among themselves and establishing a friend-enemy logic that leads to the emergence of an anti-political attitude and damages the democratic fabric. In parallel, today's capitalism is characterized by the massive volume of speculative capital, generating crises and instability. In this "speculative capitalism", neoliberalism from below emerges as a strategy of adaptation of social groups, showing how entrepreneurship has co-opted the working class. This article proposes to analyze how the convergence of the tyrannical individual, entrepreneurialism and speculative capitalism generates a twist in contemporary subjectivities. This is manifested in the precariousness of their living conditions, passive acceptance in the face of uncertainty, self-responsibility in the face of failure, extreme individualism and credulity in narratives that demand betting on risk in search of a better future.

Keywords: speculation; individual; tyrant; capital; fictitious; entrepreneurship

Introducción

Este trabajo busca reflexionar sobre el contexto actual, marcado por el capitalismo especulativo con predominancia del capital ficticio (Carcanholo, 2017), cuya particularidad principal es la indeterminación. En este entorno, emergen profundas transformaciones tecnológicas, subjetivas, económicas y sociales. Estas pueden ser abordadas vinculando los conceptos del "individuo tirano", acuñado por Sadin (2022), y del "emprendedorismo", trabajado por Rodrigo Nunes (2024), junto al imperativo de la mentalidad positiva que analiza (Ehrenreich, 2011). En este entorno altamente especulativo y cambiante esta vinculación podría ofrecer una perspectiva acerca de la proliferación los *traders* e *influencers* que promocionan *trading*, apuestas online, estafas basadas en esquemas Ponzi, entre otros.

En primer lugar, se propondrá examinar la manifestación del individuo tirano en la sociedad contemporánea. Este fenómeno emerge de una nueva subjetividad constituida en la era digital, donde el individuo, empoderado por la tecnología, desarrolla una ilusión de autosuficiencia y supremacía del yo sobre lo colectivo. El individuo tirano se percibe como soberano absoluto y desconfía de las instituciones. Esto fomenta la circulación de información poco confiable y contribuye a una creciente atomización social. Al obstaculizar la construcción de un poder político común y promover la actitud antipolítica, este fenómeno ha erosionado las bases del diálogo y el consenso occasionando un profundo daño al tejido democrático.

En segundo lugar, se analizará la transformación del capitalismo contemporáneo, caracterizada por la predominancia del capital ficticio y la especulación. Este cambio, surgido como respuesta a la crisis de los años sesenta y setenta, ha resultado en una expansión sin precedentes de los mercados y la creación de innovadores productos financieros. El concepto de capital ficticio, que se valoriza sin haber creado valor real, ha cobrado centralidad en la economía actual, manifestán-

dose principalmente en los mercados de derivados y divisas. Esta dinámica ha llevado a una desconexión entre el valor y la producción real, normalizando la volatilidad y el riesgo en la sociedad. Además, ha fomentado la economización del lenguaje y la agudización del juego entre expectativa-realidad, permeando diversos aspectos de la vida cotidiana y transformando profundamente las instituciones y subjetividades. Como consecuencia, se erosionan la capacidad de acción colectiva y solidaridad, debilitando los fundamentos democráticos y dificultando la articulación de demandas colectivas frente a los desafíos socioeconómicos actuales.

Luego, se examinará la cultura del emprendedorismo y el pensamiento positivo a los fines de explicar cómo las lógicas neoliberales son adoptadas y reproducidas por individuos y comunidades en su vida cotidiana. Se analizará cómo la proliferación de estas lógicas ha fomentado el hiperindividualismo y la autogestión, reforzando las estructuras neoliberales. Esta dinámica no solo responsabiliza a los individuos por su éxito o fracaso económico, sino que también desvía el pensamiento crítico hacia soluciones individuales en lugar de colectivas. Como resultado las personas se mantienen atrapadas en ciclos de expectativas irreales y responsabilización individual, erosionando la solidaridad social y dificultando la articulación de críticas sistémicas al orden económico vigente.

A su vez se postulará que, de la mano del ascenso de las tecnologías digitales, se produjo la emergencia de una subjetividad especulativa en el contexto del capitalismo contemporáneo. Se analizará cómo la confluencia entre el emprendedorismo, la economía de los *influencers* y los mercados financieros ha generado un terreno fértil para prácticas que desdibujan las fronteras entre el emprendimiento legítimo, la especulación, la inversión y el engaño. En este escenario, la percepción pública y el valor monetario se entrelazan estrechamente, convirtiendo la gestión de la imagen en un mecanismo crucial de generación de valor. Se examinará cómo la búsqueda de atajos hacia el éxito y la promesa de información privilegiada han creado un ecosistema donde las expectativas y narrativas pueden materializarse en realidades económicas tangibles, difuminando la distinción entre lo real y lo especulativo. Este fenómeno se manifiesta en la proliferación de esquemas piramidales, teorías conspirativas y la creciente adopción de activos financieros volátiles como las criptomonedas.

Finalmente, se buscará indagar el modo en que el imperio de la soberanía del individuo tirano, y la reducción de su juicio crítico, suprimido por el imperativo de la felicidad y la mentalidad emprendedora, anula la posibilidad de lazos y vínculos entre los sujetos, lo que genera un profundo daño a los cimientos democráticos. A su vez, se investigará sobre las posibles resistencias que se presentan ante un panorama en el que parece ser que la capacidad crítica se encuentra amordazada o redireccionada a ataques entre los mismos sujetos en lugar de actuar de manera coordinada hacia los verdaderos responsables de su descontento.

Individuo tirano: el motor de la antipolítica contemporánea

El clima de esta época se encuentra marcado por la desconfianza hacia la política, producto del aumento de desigualdades, la generalización de la precariedad laboral y el retroceso del Estado de bienestar. Más de medio siglo de neoliberalismo como credo dominante ha erosionado la confianza en los responsables políticos que fallaron en su misión de velar por el interés general. La crisis financiera del 2008, los desastres ecológicos y desajustes climáticos, la creciente precarización del trabajo, la proliferación de empleos temporales y las altas tasas de desempleo son sólo algunos de los ejemplos que se pueden tomar para identificar el descontento y la poca credibilidad del sujeto actual en las instituciones.

Simultáneamente, en medio de estas desilusiones, el surgimiento de internet y las redes sociales ha dado lugar a una nueva forma de subjetividad. Subjetividad que se caracteriza por una sensación súbita de poder y autosuficiencia, estableciendo la primacía sistemática de uno mismo por sobre lo común. Según Sadin (2022), diversos dispositivos usualmente prefijados con la letra “I” (de “yo” en inglés) como *iTunes*, *Iphone*, *Iwatch*, etc, han contribuido a la idea de empoderamiento y autosuficiencia. Se trata de tecnologías virtuales que se pusieron a la mano de toda la sociedad y proporcionaron un acceso continuo, irrestricto e ilimitado a consumir y construir información, a la vez de solucionar problemas que previamente hubiera sido impensado resolver sin ayuda de los demás.

Además, los aparatos tecnológicos junto con el acceso a Google, destinado a agotar cualquier discusión respecto a lo que se desconocía, fueron cobrando un estatus de enunciadores de verdad:

Lo digital se erige como una potencia *aletheica*, una instancia consagrada a exponer la *aletheia*, la verdad, en el sentido en que la definía la filosofía griega antigua, que la entendía como desarrollo, como la manifestación de la realidad de los fenómenos más allá de sus apariencias. Lo digital se erige como un órgano habilitado para peritar lo real de modo más fiable que nosotros mismos, así como para revelarnos dimensiones hasta ahora ocultas a nuestra conciencia. Y en esto asume la forma de un tecno-logos, una entidad artefactual dotada del poder de enunciar, siempre con más precisión y sin demora alguna, el supuesto estado de las cosas. (Sadin, 2020, p. 18)

Este grado de precisión y la posibilidad de enunciar verdades que se le otorga a lo digital genera la ilusión de que los otros son prescindibles y anula la posibilidad de discusión y vínculo. Al tener acceso a un aparato que enuncia verdades, la disputa con otros se vuelve estéril, y daña la posibilidad de interacción agónica que caracteriza al vínculo político.

Así, el presente se caracteriza porque el referente principal según el cual el individuo se determina es él mismo. Pero a su vez, esta subjetividad también se conforma a base de lo que representa el prefijo “*You*”, que implica la presentación de uno ante los otros: cómo se muestran y como se

ven. Esto es fácilmente observable a través de YouTube, cuyo slogan es “*broadcast yourself*”, es decir, transmítete a ti mismo. Este tipo de redes sociales han generado un clima de expresividad catártica en el que se invita a los usuarios, de modo más o menos maquillado, a narrarse a sí mismos y ante los otros, a contar y mostrar cómo es que se ven y quieren verse ante los demás. Al observar que la narración creada tiene la más ínfima marca de asentimiento expresada en un “me gusta”, que no tiene costo presionar, el ego se ensancha.

Los dispositivos, diseminados por la población, generan sensación de poder a la vez que permiten y fomentan una expresividad ilimitada sin ningún tipo de control centralizado sobre lo que circula en las redes. La facilidad de acceso a diversas herramientas y a una amplia gama de información virtual, combinada con la autopercepción inflada, alimentan la ilusión de poder prescindir de los otros. Entonces el individuo se convierte en el principal garante de su propia soberanía, en tanto está convencido de tener la capacidad de controlar y gestionar sus datos personales y su presencia *online*.

Sadin señala que estamos en la era del individuo tirano. Este refiere a la persona empoderada por la tecnología digital que, obsesionada con la autoafirmación y el control a través de las redes sociales, tiende a imponer sus preferencias y opiniones en línea. No considera las consecuencias sociales, éticas y políticas, y contribuye a la superficialidad, el narcisismo y el aislamiento en la sociedad digital contemporánea. En medio de este particular entorno de individuos autosuficientes e hiperindividualizados las redes sociales se han convertido en una de las principales vías de información.

Así, se genera un clima propicio para que circule información poco confiable, reinen las *fake news* y la posverdad. Es decir que, en este contexto, los hechos influyen menos en la formación de la opinión pública que las referencias a emociones y creencias personales. Se crea un ambiente en el que cualquier afirmación posee validez en tanto sea respaldada por otros usuarios. Esto menosprecia el carácter científico e institucional de la información y propicia un ambiente en el que cada individuo se siente libre de atribuir verdad o falsedad a las afirmaciones que le convencen o le convienen en base a sus intereses, deseos o creencias. En consecuencia, se ha generado un entorno, en el que todos los enunciados tienen la misma susceptibilidad de ser tomados como ciertos o falsos. Se perciben los sucesos históricos con un halo de desconfianza, lo que incrementa la posibilidad de que un individuo o un grupo de individuos organizados tengan el poder para amenazar a grandes instituciones, incluso Estados, en base a relatos que cobren adeptos.

El ingreso de inteligencia artificial en la escena hace que los sesgos informativos se puedan generar de manera predictiva y configurarse automáticamente. Los algoritmos de personalización buscan explotar las actitudes cognitivas del comportamiento humano, reforzando el compromiso que se tiene con determinadas ideas (Forti, 2021). Por eso, la aparente autonomía de los usuarios es engañosa. No solo porque la imagen que construyen y consumen de sí mismos está distorsionada y

editada, sino también porque está sujeta al control de los algoritmos que operan en función de sus datos y preferencias. En este escenario, la autonomía percibida se convierte en una ilusión, ya que está íntimamente ligada a una manipulación sutil por parte de los algoritmos que influyen en la construcción y percepción de la realidad del individuo. Esto explica el crecimiento de las burbujas informativas y las cámaras de eco. Se genera un clima en el que los sujetos sólo se encuentran con sus propias opiniones, que pasan a conformar el sentido común de ese grupo, y desacredita todo pensamiento externo. Así, es destruido todo suelo común que pueda existir entre las diferencias y se sume a la sociedad en una confusión atomizada en la que el otro es percibido como el enemigo.

La soberanía del individuo y la ausencia de referencias rigurosas respecto de la información promueven también la exacerbación de pasiones que consolidan la desconfianza hacia la construcción política. Forti (2021, p. 142) afirma que, según estudios realizados por Alexander Nix, ex director de Cambridge Analytica, provocar ira e indignación reduce la necesidad de obtener explicaciones racionales y predispone a los usuarios a un estado de ánimo más indiscriminadamente punitivo. Esto explica por qué en internet no solo se propaga información falsa, sino especialmente aquella que incita la ira y el odio.

Los discursos de odio, la sensación de poder y autonomía que experimentan aquellos impulsados a expresarse de manera catártica, la falta de control en las redes, la ausencia de un criterio definido para discernir la verdad, el desprecio de las instituciones, así como el anhelo de venganza y la resistencia a caer en engaños configuran un escenario paradójico en el que se presume una democratización de la expresión, aunque, al mismo tiempo, se obstaculiza cualquier posibilidad de construir un poder político común. En este contexto, la soberanía y el poder político de una sociedad que elige a sus representantes en un sistema democrático que tiene la capacidad de tomar decisiones colectivas, es asumida por el individuo.

La desposesión, el desengaño masivo y la falta de criterios de verdad, en un ambiente caracterizado por el retiro de garantías y seguridades sociales, son el caldo de cultivo para que emerja la actitud antropolítica. Ésta refiere a un movimiento extendido que no depende de un proyecto deliberado, sino que proviene del aislamiento mutuo de los individuos que, instados por su enojo a descargar opiniones infundadas, instauran una lógica amigo-enemigo. Esta dinámica, como señala Chantal Mouffe (2007), se aleja del ideal democrático basado en la relación amigo-adversario, que permite el debate democrático. En este escenario, al no haber un punto de referencia identificable, reina la inestabilidad permanente. Así, el panorama contribuye a la despolitización, la desconfianza en los proyectos o resistencias colectivas y la imposibilidad de imaginar una sociedad en común.

En este punto cada sujeto se tiene a sí mismo como su propio referente y garante, no hay voluntad de discusión racional y, en consecuencia, no existe marco de referencia ni criterio científico, moral o político. La tiranía del individuo y la libertad irrestricta desborda también a la vida real. El empoderamiento ficticio, la falta de límites, la carencia de significados comunes y la creciente desconfianza entre los individuos anulan toda posibilidad de vínculo. Esta imposibilidad se configura en la dimensión del espacio virtual. Pero, al transformar las subjetividades, propicia y sostiene la

desregulación y deslegislación en los actos del Estado, que abandona la misión de establecer una razón común, y favorece el imperio de la soberanía individual. El imperio de la soberanía individual anula la posibilidad de lazos y vínculos entre los sujetos, lo que genera un profundo daño al tejido democrático.

Capital ficticio y especulación: La transformación del capitalismo contemporáneo

Desde la llegada de internet y los dispositivos tecnológicos que permiten su acceso continuo, los productos financieros se han acercado a la inmediatez de la palma de la mano, lo que, por diversos motivos, se encuentra asociado a la proliferación de *influencers* que promocionan el *trading* y las apuestas *online*. Esto suscita una problemática muy actual relacionada con una sociedad que enfrenta el problema de la ludopatía en el ámbito deportivo (Dupont, 2022), bursátil y en otros sectores. Los cimientos de esta problemática podrían identificarse en las modificaciones que ha sufrido el sistema capitalista tras su crisis en las décadas de los sesenta y setenta.

A partir de estas modificaciones, se pueden encontrar algunas claves de lectura para interpretar cómo la subjetividad del individuo tirano adopta una conducta especulativa para reforzar su soberanía y autoafirmarse. Este comportamiento, descrito por Sadin en los individuos contemporáneos, puede observarse en los modos en que se opera con un tipo particular de capital analizado por Marx (2008), que ha cobrado centralidad en la época actual. Su característica principal es ser un autómata que se valoriza a sí mismo y que se encuentra sometido a las especulaciones de sucesos que, en muchos casos, pueden no ocurrir. Esta dinámica guarda una notable similitud con lo expuesto anteriormente respecto a las subjetividades basadas en el prefijo “*you*”, revelando una tendencia que privilegia la imagen, la percepción y la especulación por encima de los hechos concretos.

Marcelo Carcanholo (2017), explica que, para salir de la crisis de los años sesenta-setenta, el capitalismo se adaptó en un proceso de reorganización en el que, entre otras variables, se produjo un cambio en la lógica de apropiación/acumulación del capital, basado en el concepto marxista de capital ficticio. Asimismo, se produjo una expansión de los mercados financieros en la búsqueda de nuevas oportunidades de valorización del capital. Este proceso se desarrolló en dos vertientes simultáneas y complementarias. Por un lado, se impulsaron y expandieron mercados financieros ya existentes, intensificando su actividad y alcance. Paralelamente, se crearon grandes innovaciones, dando lugar a un sinfín de nuevos productos financieros. Estos productos, a su vez, generaron nuevos mercados especializados para su negociación. Esta doble estrategia de expansión de lo existente e innovación de instrumentos permitió al sistema capitalista ampliar significativamente su esfera de valorización financiera, creando nuevas oportunidades de ganancia en un contexto de crisis del modelo productivo anterior.

Además, se produjo un proceso de desintermediación bancaria, que permitió eludir a los bancos para pedir dinero, lo que aumentó la participación e interacción entre quien posee el dinero y quien necesita tomar el préstamo. A partir de estas desintermediaciones quien demanda capital de préstamo puede hacerlo sin acudir al sector bancario, necesariamente. Cabe destacar que este es un proceso que ya se realizaba de manera previa mediante la comercialización de acciones en la bolsa de valores, es decir que no se trata de una invención de esta reorganización, pero a partir de estos procesos se profundizó enormemente en su práctica de modo que los agentes tomadores de préstamos de manera directa comenzaron a generar pasivos, títulos y bonos de deuda que podían ser comprados y vendidos libremente en el mercado.

El capital ficticio, que cobró centralidad en el capitalismo contemporáneo, parte del presupuesto lógico del capital a interés, pero es un desarrollo directo ulterior de este: cuando la lógica de prestar una determinada masa de capital, teniendo como contraparte la remuneración del interés se generaliza en la sociedad capitalista, todo rendimiento obtenido a partir de una determinada tasa de interés pasa a aparecer como si fuera resultado de la propiedad de un capital con esa posibilidad (Carcanholo, 2017). A diferencia del capital que devenga interés, que pre-existe en el proceso de producción y que luego de que se haya producido un excedente, se valoriza apropiándose de la plusvalía, el capital ficticio invierte esa lógica y se valoriza sin haber creado nada todavía, es decir que se trata de un proceso de capitalización de una renta futura.

Marcelo Carcanholo ilustra este concepto:

Con una tasa de interés de mercado igual a 10% al año, por ejemplo, se considera que todo ingreso fijo anual de 10 proviene de un capital de 100, cuando este último, en realidad, puede ser que ni exista. [...] Para el propietario individual, que compró el derecho de apropiación futura de valor, constituye, de hecho, su capital. Sin embargo, desde el punto de vista de la totalidad del capitalismo, constituye capital ficticio, una vez que posee como base una mera expectativa de algo que puede ni constituirse. (Carcanholo, 2017, p. 39)

El capital ficticio existe como presupuesto en el que, a través de determinados papeles o contratos, se espera la existencia de una ganancia futura, dichos contratos a su vez pueden ser vendidos, lo que ocasiona la fluctuación de su valor producto de la especulación y la duplicación ficticia. Así, el capital ficticio se consolida como un autómata que se valoriza por sí mismo desprendido del proceso de producción (Marx, 2008). Carcanholo y Sabadini identifican dos tipos de capital ficticio: (1) La multiplicación o duplicación (ficticia) de capital, como en los depósitos bancarios o acciones, donde existe “una riqueza contada dos veces: una, el valor del patrimonio de la empresa; otra, el valor de ellas mismas” (Carcanholo y Sabadini, 2013, p. 77). (2) La divergencia en la valuación de un activo producto de la especulación, como en las acciones, donde “El valor de mercado

de estos títulos es en parte especulativo, ya que está determinado no sólo por las entradas reales, sino también por las entradas esperadas, calculadas por anticipado” (Marx, 2008, p. 602).

La lógica del capital ficticio logra aumentar las tasas de ganancia por la disminución temporal que logra en la rotación del capital. Es una forma muy eficiente de acortar los tiempos, tanto es así que se logra traer al presente lo que se cree que sucederá en el futuro. Lo característico del capitalismo contemporáneo es que esta lógica, propia del capital ficticio, terminó por ser aplicada en todos los sectores y para todos los capitales. El capital ficticio del tipo especulativo carece de valor inherente y se basa únicamente en percepciones subjetivas. Su valor en el mercado simplemente refleja lo que la gente cree que vale o está dispuesta a pagar por él. Al involucrarse con este tipo de capital, se está adquiriendo esencialmente una promesa para el futuro, una narrativa sobre lo que podría suceder presentada en el momento actual. En el fondo, se están negociando proyecciones, historias que aún no se han materializado, fundamentadas en la especulación más que en la generación real de valor. Este proceso intenta traer el futuro al presente con el objetivo de incrementar las ganancias, pero dado que el futuro es impredecible, estos mecanismos especulativos pueden fomentar y justificar crisis e inestabilidad en la economía presente.

Marx describió tres formas de capital ficticio: el capital bancario, la deuda pública y el capital accionario. Hoy se puede agregar a estas formas el mercado de derivados. Marques y Nakatani los definen:

Los derivados son títulos derivados de otros títulos, por ejemplo, una institución financiera otorga un préstamo a alguien para comprar un automóvil y, con base en la factura, emite una letra de cambio que es vendida en el mercado financiero con plazo igual al del préstamo. (2013, p. 40)

Estos derivados, junto al mercado de divisas, permiten observar el modo en que el espectro especulativo ha cobrado centralidad en la economía mundial. En la actualidad, el mercado de derivados, caracterizado por la especulación, alcanzó un gran volumen, incluso mayor que el de la crisis de 2008. Al ser altamente especulativo tiene una enorme capacidad de generar problemas de funcionamiento a nivel económico mundial. Para ilustrar estos volúmenes de operaciones Marques y Nakatani advierten:

El crecimiento del volumen total de negocio también fue exponencial, impulsado por los contratos a plazo, futuros y opciones que permitían un elevadísimo apalancamiento (recaudación de recursos). En el mercado de derivados de divisas, por ejemplo, el volumen medio de operaciones alcanzó USD 3,2 billones de dólares al día, según el Bank of International Settlements (BIS); y las ventas diarias de contratos de derivados llamados “over-the-counter” (OTC) (operaciones realizadas directamente entre agentes privados, sin intermediarios) registraron USD 4,2 trillones de dólares en 2007. A modo de comparación, el producto bruto mundial agregado para ese año, calculado en paridad de poder adquisitivo, equivalió a USD 65,82 trillones de dólares, en tanto

las exportaciones y las importaciones totales sumaron USD 13,72 trillones de dólares y USD 13,64 trillones de dólares, respectivamente. (2013, p. 55)

El mercado de compra-venta de divisas también se caracteriza por la especulación y, de igual manera, ha crecido enormemente:

En cuanto al mercado global de cambios [...] se ha multiplicado por casi 4 veces entre 2004 y 2022, alcanzando en ese último año un volumen global de intercambio de monedas por un valor diario de 7,51 billones de dólares. (Estay, 2023, p. 25)

es decir que en cinco días de operaciones en este mercado cambiario, se intercambia la cantidad de moneda equivalente a la que se moviliza en un año de comercio y en un año de movimiento de capitales en el mundo. De esto se infiere que la mayor parte de las transacciones del mercado cambiario se realizan con fines netamente especulativos.

En consecuencia, tanto el mercado de derivados como el de divisas son objetos prioritarios de especulación y tienen enormes y predominantes volúmenes de operaciones. Esto da cuenta del funcionamiento de un sistema financiero que tiene plena capacidad para generar grandes desequilibrios y grandes crisis en el conjunto de la economía mundial. La centralidad de la especulación en el capitalismo actual no es solo señalada por Estay, pues Carcanholo y Sabadini lo advierten al punto de proponer llamar “capitalismo especulativo” a esta fase:

...el capital ficticio ha alcanzado predominio sobre el capital sustantivo y esa es la marca propia de la mencionada etapa. Ha cambiado de carácter al transformarse de polo dominado en dominante y por esa razón pasamos a llamarlo capital especulativo parasitario y llamamos capitalismo especulativo a la fase actual del sistema. (2013, p. 82)

Al mismo tiempo, este fenómeno hace que se pierda el sentido de la producción y el trabajo que se esconde detrás del dinero. El valor se desvincula de la creación real de bienes y servicios, convirtiéndose en una abstracción, un número en una pantalla que sube o baja sin aparente conexión con la realidad material. El trabajo, en lugar de ser una actividad con sentido y propósito, se vuelve simplemente un medio para obtener el capital necesario para participar en el juego especulativo.

La omnipresencia de la especulación y el capital ficticio ha llevado a una mayor aceptación de las condiciones volátiles y de la incertidumbre como norma. La sociedad se ha adaptado a un entorno económico en constante fluctuación, donde el riesgo se percibe cada vez más como una condición natural e incluso deseable. Esta normalización del riesgo ha transformado la manera en que las personas abordan sus decisiones financieras y de vida, fomentando una mentalidad que ve en la volatilidad no solo una amenaza, sino también una fuente potencial de oportunidades. Además, la predominancia del capital ficticio y la especulación en la economía contemporánea ha

tenido un profundo impacto en la sociedad, contribuyendo a la economización del lenguaje y el pensamiento. El discurso financiero, con sus términos técnicos y su énfasis en la cuantificación, ha permeado diversos aspectos de la vida cotidiana. Conceptos como “inversión”, “rendimiento” y “riesgo” se aplican ahora no solo a las finanzas, sino también a las relaciones humanas, la educación y el desarrollo personal. Esta economización del lenguaje refleja y refuerza una visión del mundo en la que todo puede ser medido, valorado y negociado en términos de potencial económico.

La economización del lenguaje, sin embargo, va más allá de la mera adopción de términos financieros en la vida diaria. Como señala Brown (2016), este fenómeno transforma profundamente las instituciones y las subjetividades, colonizando el discurso político y reconfigurando la concepción misma de la ciudadanía. Los individuos pasan a ser considerados como “capitales humanos” (Foucault, 2007), y la política se reduce a un ejercicio de administración tecnocrática. Esta lógica, que prioriza la competencia y la eficiencia sobre valores fundamentales como la justicia y la igualdad, erosiona los cimientos de la democracia. En este contexto, los Estados, atrapados en la lógica economicista y de aceptación de la volatilidad, se encuentran cada vez más impotentes ante las crisis económicas. Las políticas de austeridad, justificadas bajo el pretexto de la eficiencia y la responsabilidad fiscal, a menudo profundizan las desigualdades existentes. La erosión de la solidaridad y la acción colectiva es una de las consecuencias más preocupantes de este fenómeno. Cuando cada individuo se percibe como un emprendedor de sí mismo, en constante competencia con los demás, la idea de un bien común o de una lucha compartida se desvanece. Los problemas sociales se individualizan, y las soluciones se buscan en el mercado en lugar de en la acción política y la organización comunitaria.

El impacto de esta economización generalizada se extiende también a la capacidad de acción colectiva de la sociedad. En un entorno donde cada individuo es instado a volverse competitivo por cuenta propia y, a su vez, a aceptar las condiciones cambiantes del mercado como su condición natural de la que se busca sacar provecho, y donde las instituciones están impregnadas del lenguaje del mercado, la formación de movimientos solidarios y de resistencia conjunta se vuelve extremadamente difícil. La lógica de la competencia individual obstaculiza la creación de lazos de solidaridad y la articulación de demandas colectivas, debilitando así la capacidad de la sociedad para generar cambios estructurales.

Todo este proceso se ve enormemente facilitado por el acceso generalizado a internet y las redes sociales. La masificación de la tecnología ha acercado los productos financieros a la palma de la mano de los usuarios, creando un entorno de inmediatez y accesibilidad sin precedentes. Sánchez (2024), muestra en su investigación que el crecimiento exponencial en la adopción de billeteras virtuales en Argentina durante la pandemia, vino acompañado del aumento de inversores sin formación en activos financieros. Este fenómeno se refleja en el crecimiento de usuarios de fondos comunes de inversión, que pasaron de 1.2 millones en 2019 a 7 millones en 2023, y en el auge de inversiones en activos volátiles como las criptomonedas, cuyo número de usuarios se disparó de

400.000 en 2020 a más de cuatro millones en 2023. La difusa línea entre ficción y realidad, que caracteriza al capital ficticio, y la creciente inmediatez y proliferación de dispositivos tecnológicos, pueden ser clave para explicar el auge de activos financieros como los fondos de inversión y las acciones, pero también de criptomonedas, apuestas en línea (Dupont, 2022) y esquemas Ponzi, entre otros.

Emprendedorismo y subjetividad especulativa: Entre la estafa y el profetismo

Barbara Ehrenreich (2011), analiza cómo el imperativo de la felicidad opera en la cultura actual. La autora plantea que el ser positivo que predomina en la era contemporánea es más una construcción ideológica que un estado anímico o mental. Esta se conjuga de manera sinérgica con el capitalismo, entendido como sociedad de consumo, donde los sujetos desean todo tipo de bienes. El pensamiento positivo les dice a los individuos que merecen lo que desean y pueden conseguirlo con solo desearlo y estar dispuestos a esforzarse para alcanzarlo. Así, el pensamiento positivo se vuelve optimista y defensor de la economía de mercado. En una economía que funcione libremente, según esta visión, no existen excusas para el fracaso; basta con ser optimista y sacrificarse para conseguir lo que se desea.

El pensamiento positivo se instaló en la primera década del siglo XXI a través del *bestseller* “El secreto” cuyas ideas llegaron a permear la medicina, donde reinaba la idea de que un pensamiento positivo era fundamental para estar saludable. Esto aplicaba tanto a las enfermedades pequeñas como a las terminales. Pero el imperativo del pensamiento positivo no se limitaba a cuestiones de salud, sino que también avanzó sobre el plano social, por ejemplo, el de los trabajadores desempleados. Los desempleados fueron impulsados a buscar sesiones de motivación para huir de la ira y de la negatividad que podía generar su situación, optando por un enfoque animado e incluso agradecido de la crisis que cada uno de ellos atravesaba. Se le dijo a la gente que se había quedado sin trabajo, con deudas y en una situación con oscuras perspectivas a corto plazo, que su situación no era un drama, sino una oportunidad.

A su vez, Nunes (2024), explica que América Latina ha atravesado una dinámica ambivalente en la que las personas, al adaptarse a un entorno transformado por políticas neoliberales, han adoptado una lógica de micro-emprendedores. Esta tendencia se vio reforzada por el aumento de la informalidad y el endeudamiento durante el periodo de gobiernos de izquierda en la década del 2000. Como resultado, el neoliberalismo se ha arraigado más profundamente en los territorios y en la mentalidad popular, extendiéndose a través de la organización de economías informales.

Durante el auge de los gobiernos de izquierda en América Latina a inicios del siglo XXI, lejos de disminuir, la ideología del emprendimiento se fortaleció y expandió. Estos gobiernos, en lugar de frenar esta tendencia, la impulsaron y la hicieron más accesible para las masas. El contexto

económico favorable, junto con las políticas de redistribución y el énfasis en el mercado interno, crearon un entorno propicio para el surgimiento de un emprendedorismo de base popular, que se convirtió en un motor de crecimiento económico y movilidad social. En este escenario, los sectores populares, cada vez más habituados a asumir riesgos individuales y expuestos a discursos que justifican el sistema económico neoliberal, internalizaron la mentalidad del emprendedor de sí. Como resultado, comenzaron a concebir y planificar sus vidas en términos empresariales.

Gran parte del poder de la ideología del emprendedorismo deriva del hecho de que la imposibilidad de concretarla fortalece la identificación con ella misma, en lugar de debilitarla. Cuando se piensa que el triunfo depende únicamente del esfuerzo personal, el fracaso no se experimenta como un indicio de que la información está distorsionada, sino como culpabilidad, bochorno y un llamamiento a esforzarse todavía más. El triunfo y la imagen misma del emprendedor se transforman, así, en elementos de lo que la teórica estadounidense Lauren Berlant (2020), denominó “optimismo cruel”: el apego a una promesa de dicha que no solo no llega a concretarse, sino que impide alcanzar la felicidad, y a la que se retorna repetidamente con la esperanza de que “esta vez será diferente”.

La sensación de no depender de nadie y ser su propio jefe, reforzada por el mantra “tú puedes”, genera también la impresión de que el fracaso es culpa propia. Esto lleva a la responsabilización del individuo por cualquier falla, sea personal o sistémica. Solo si prevalece la idea de que todo recae sobre uno mismo, se puede fomentar la sensación de que quien logra algo lo hace porque se lo merece, y quien no lo logra, cometió algún error y debe culparse a sí mismo para luego volver a intentarlo. La repetición de estos ciclos, acumulada durante décadas, produce dos efectos: por un lado, una solidaridad negativa: el sentimiento de que “si yo tengo que pasar por esto, todos los demás también deberían” y, por otro, un resentimiento (el odio que surge al no obtener lo que uno imagina merecer). Ese resentimiento en un área de “libertad de expresión” facilitado por el entorno de las redes genera el espacio de circulación para una crueldad ilimitada.

Este universo de microemprendedores de sí mismos, responsabilizados y dispuestos al sacrificio, al estar dominados por la tiranía del pensamiento positivo y condenados a buscar una y otra vez la respuesta en su interior y en la resiliencia, transforma a los sujetos no solo en buscadores de oportunidades que el riesgo les trae, sino también en individuos acríticos. La idea de que todo depende de uno, de que el pensamiento positivo trae riqueza y la contracara de que el negativo la ahuyenta, en un ambiente altamente individualista y competitivo, hace que señalar una injusticia o un descontento con la lógica capitalista sea un sinsentido. Entonces, en lugar de la crítica social, solo queda la búsqueda de oportunidades que generen beneficio personal.

Nunes advierte que en el mundo del emprendedorismo, coexisten dos visiones del emprendedor. La primera lo presenta como un visionario, ejemplificada por la descripción de Schumpeter del emprendedor como un revolucionario que promueve la “destrucción creativa” a través de ac-

ciones que trascienden las actividades rutinarias. Bajo esta visión, los emprendedores son agentes de cambio que desestabilizan el equilibrio económico existente. Al introducir innovaciones, destruyen viejas estructuras y crean nuevas. La segunda visión, sugerida por Hayek, considera al héroe de esta época como alguien con acceso a información privilegiada, capaz de difundir rápidamente información relevante a través de cambios en los precios del mercado. Ambas perspectivas convergen en la idea del emprendedor como alguien que percibe oportunidades invisibles para los demás, conociendo atajos hacia el éxito que implican apostar hoy por ideas que rendirán frutos mañana.

Esta dinámica de búsqueda de atajos y oportunidades ocultas crea un terreno fértil para quienes se aprovechan proclamando conocer estos caminos hacia el éxito rápido. Como resultado, diversas prácticas como esquemas piramidales, promesas de curas milagrosas, “venta de humo” y teorías conspirativas adoptan una forma similar: ofrecen la promesa de una verdad revolucionaria, actualmente restringida a unos pocos, que generará ganancias para quienes se atrevan a abrazarla primero. Esta lógica especulativa permea tanto el mundo de los negocios como el ámbito político, desdibujando las fronteras entre el emprendimiento legítimo y las prácticas cuestionables.

En las últimas décadas, dos factores han intensificado esta dinámica. Por un lado, la tecnología ha acelerado el *feedback* entre la percepción pública y el valor monetario, permitiendo movimientos casi instantáneos en la valoración de activos según las variaciones de humores de los compradores y vendedores. Por otro lado, han proliferado los medios y técnicas para manipular la percepción pública. La globalización ha creado un escenario donde los activos financieros están constantemente sujetos a los cambios de humor de una audiencia internacional que responde en tiempo real a las redes sociales y noticias ininterrumpidas, como lo demuestra el impacto inmediato que pueden tener las acciones de figuras públicas en el valor de las marcas: “Así, un gesto tan pequeño como el del astro portugués Cristiano Ronaldo, al esconder dos botellas de Coca-Cola durante una conferencia de prensa, puede tener un impacto casi inmediato en las acciones de la marca” (2024, p. 111).

En este contexto, surge la economía de los *influencers*, que comparte con el mercado financiero el principio de gestionar la percepción pública como mecanismo de generación de valor. Los *influencers* no solo contribuyen a manipular la opinión, sino que su propio éxito depende de la misma lógica especulativa que rige en las finanzas pues “comparten con el mercado financiero exactamente el mismo principio: gestionar la percepción pública como mecanismo de generación de valor” (Nunes, 2024, p. 112). Esta confluencia de factores ha llevado a una situación donde la percepción pública y el dinero están estrechamente entrelazados, convirtiendo la autenticidad en un bien paradójicamente valioso en un mundo donde todos parecen estar fingiendo.

Nunes ejemplifica la centralidad de esta dinámica:

parece perfectamente justo que una de las figuras más definitorias de nuestro tiempo sea Donald Trump: un multimillonario autodeclarado cuya principal fuente de in-

gresos en este siglo fue interpretar el papel de multimillonario en un *reality show* y patentar su nombre como marca registrada. Cuando la percepción pública y el dinero están tan entrelazados, nada importa más que la autenticidad: cuando todos tratan de fingir, lo que es “de verdad” vale más. El problema, por supuesto, es que falsificar algo real nunca ha sido tan fácil. (Nunes, 2024, p. 112-113).

Este caso ilustra cómo la búsqueda de autenticidad puede llevar a formas más sofisticadas de engaño, donde la percepción de éxito se convierte en una fuente de valor en sí misma. En última instancia, esta mentalidad emprendedora, con su énfasis en los atajos y la información privilegiada, crea un ecosistema donde las fronteras entre el emprendimiento legítimo, la especulación arriesgada y las prácticas engañosas se vuelven cada vez más difusas, planteando desafíos significativos para la ética empresarial y la regulación económica.

En el mundo contemporáneo, impulsado por la lógica del emprendedorismo y la especulación financiera, las fronteras entre la realidad, la ficción y la especulación se han vuelto cada vez más difusas. Este fenómeno se debe, en gran parte, a la naturaleza autorreferencial de los mercados financieros y la economía de la percepción. En este contexto, las expectativas y las narrativas pueden crear realidades económicas tangibles, difuminando la distinción entre lo que es y lo que se cree que será. La especulación, en su esencia, se basa en anticipar futuros posibles y actuar sobre esas anticipaciones en el presente. Sin embargo, en un mundo hiperconectado y dominado por los medios de comunicación instantáneos, estas anticipaciones pueden rápidamente transformarse en realidades percibidas. Un rumor, una predicción o incluso una teoría conspirativa pueden, a través de su difusión y aceptación, alterar el comportamiento de los actores económicos de manera que la predicción se cumpla por sí misma. Este fenómeno de profecía autocumplida borra aún más la línea entre lo especulativo y lo real.

Además, la proliferación de instrumentos financieros complejos y la creciente abstracción de la economía han creado un entorno donde lo ficticio puede tener consecuencias reales. El capital ficticio, por ejemplo, aunque basado en expectativas futuras y no en valor real presente, puede mover mercados enteros y afectar las vidas de millones de personas. En este sentido, lo que comienza como una construcción especulativa puede, a través de su impacto en el comportamiento económico, generar efectos concretos en la economía real. Esta difuminación entre lo real y lo especulativo también se manifiesta en la forma en que se construyen y perciben las identidades empresariales y personales. En la era de las redes sociales y la economía de la influencia, la imagen proyectada y la percepción pública pueden ser tan valiosas como los activos tangibles. Los emprendedores y las empresas pueden crear valor simplemente manipulando percepciones, convirtiendo narrativas en activos reales. Así, la línea entre el éxito real y el percibido se vuelve cada vez más borrosa, creando un bucle de retroalimentación donde la percepción moldea la realidad y viceversa.

Recuperar el tejido democrático

El panorama actual del capitalismo contemporáneo revela una compleja interacción entre las transformaciones económicas, tecnológicas y sociales que han dado forma a esta era. En un entorno altamente especulativo, el individuo tiránico se transforma no solo en un sujeto que se autoimpone normas, sino también en un individuo acrítico que busca únicamente oportunidades de beneficio en medio de circunstancias volátiles. El ecosistema de información falsa y posverdad, junto con el predominio del capital ficticio —cuya característica principal es la indeterminación— destruye por completo cualquier brújula o termómetro que pudiera ofrecer orientación. Como resultado, la confusión se vuelve palpable y generalizada. A su vez, la economización del lenguaje y el pensamiento, junto con la normalización del riesgo y la incertidumbre, han transformado profundamente las instituciones y la forma en que se concibe la ciudadanía y la acción política. En este contexto, se convierte en un desafío la formación de movimientos solidarios y la articulación de demandas colectivas.

El auge de la economía de los *influencers* y la creciente importancia de la percepción pública en la generación de valor económico ilustran cómo la lógica especulativa ha trascendido los mercados financieros para infiltrarse en la cultura popular y la construcción de identidades. A su vez el auge del emprendedorismo cooptado por la tiranía de la actitud positiva convierte a los sujetos en testigos acríticos que, en lugar de indignarse ante las injusticias y la precariedad, buscan oportunidades en medio de un entorno caótico. Frente a estos desafíos, se torna crucial desarrollar nuevas formas de resistencia que reconozcan la complejidad de este panorama. Estas estrategias deben abordar no solo las estructuras económicas y políticas, sino también las transformaciones subjetivas que el capitalismo contemporáneo ha engendrado. Este entorno de sujetos hiperindividualizados, aislados y en medio de un ambiente caótico y volátil, condiciona la existencia de modo que anula la posibilidad de preguntarse cómo podría ser un sistema que funcione mejor. La pregunta y la intención de restablecer el vínculo político y el tejido democrático quedan profundamente dañadas ante el criterio utilitario y oportunista de la especulación financiera dominante.

En ese sentido Sadin (2023), afirma que la alternativa reside en el deber de ser más activos: salir del estado de testigos pasivos y amorfos. El mayor reto de esta época consiste en involucrarse en los asuntos que verdaderamente afectan a los sujetos. Para hacerlo el método que propone es hacer disidencia, lo cual supone romper con hábitos y representaciones que debilitan las voluntades. Exige abandonar una concepción demasiado amplia de lo político que considera la democracia una mera relación entre gobernantes y gobernados, y cuyas diferencias se expresan en estallidos o manifestaciones para terminar retornando en poco tiempo al mismo lugar inicial. Se debe redefinir el posicionamiento de cada sujeto y la voluntad de trabajar juntos, postular una serie de prácticas destinadas a mostrarse críticos con ciertos discursos, no soportar pasivamente situaciones injustas y trabajar para materializar aspiraciones que casi siempre permanecen inactivas.

Para esto se debe ejercitar la interposición y no tanto el reclamo. Es necesaria una cultura de oposición categórica basada en principios intangibles, fundamentalmente la integridad y la dignidad. Se debe exigir que esos principios sean respetados del mismo modo que se reacciona y reclama si se ven afectados los salarios. Es necesario reaccionar ante el ataque a estos principios que se encuentran disueltos en un lenguaje economicista que no entiende de valores más allá de los monetarios.

Sadin, a su vez, plantea una diferencia fundamental entre emancipación y reapropiación. La emancipación postula un horizonte incierto y siempre a futuro, en cambio la reapropiación exhorta a liberarse ya de las cadenas. El acto de disidencia insta a liberarse de la expectativa y centrarse en el tiempo presente. Una decisión de un acto de disidencia exige fuerza y resistencia aun cuando se tiene el cuerpo exhausto y la mente agotada. Pues gran parte de la debilidad de los individuos tiene que ver no solo con las condiciones precarias de vida sino también con la propia acción, con las nuevas tecnologías que acaparan toda la energía para la satisfacción individual. Todos estos dispositivos llevan a los sujetos a replegarse sobre sí mismos y a vivir de forma disminuida.

Aristóteles, en la *Ética Nicomáquea* (1993), plantea la existencia de la indignación noble. Esta no se relaciona con la indignación catártica observable en las redes sociales, sino que está ligada a una expresión oportuna y dirigida contra el agresor. No se trata de un simple berrinche individual, sino de una acción restauradora. Sadin apunta a este tipo de acción, en contraposición a la expresividad catártica de las redes. Su propósito es movilizar a los individuos del estado narcótico en el que las redes los han sumido. La acción restauradora de la indignación noble no puede ser ejecutada mediante una simple publicación virtual; es necesario recuperar la reunión presencial de los sujetos en una acción conjunta que logre restablecer el vínculo político y recuperar el norte que, en medio de tanta confusión, se ha perdido.

Se ha generado un entorno en el que no solo la información sino también el excedente económico y la producción parecen manejarse de manera incierta, desdibujada y confusa. A su vez se dieron las condiciones para que esto, en lugar de ser señalado como indeseable, se perciba como individualmente oportuno. La búsqueda de la oportunidad y la aceptación de las condiciones inciertas blinda al capitalismo especulativo en contra de críticas y sume a los que podrían ser sus verdugos en una continua reformulación de lo mismo. Por eso la reapropiación que plantea Sadin es fundamental, pues en un ambiente en el que se ha logrado que se soporten agravios en contra de valores fundamentales, es necesario poder recobrar la voz crítica y señalar lo que no debe ser tolerado.

Así como el capital ficticio puede ser percibido como valioso sin un respaldo real en la economía productiva, los sujetos en la era digital tienden a inflar su ego y autoestima basándose en métricas virtuales como los *likes* y los seguidores en redes sociales. Esta dinámica genera una confusión adicional, ya que la economía de la percepción, fuertemente arraigada en el mundo digital,

dificulta distinguir entre el valor real y el percibido. Al igual que los instrumentos financieros especulativos pueden desvincularse de la realidad económica subyacente, la validación social basada en interacciones virtuales genera imagen distorsionada del individuo fomentando la convicción de su autosuficiencia.

En el ámbito educativo, es fundamental promover una alfabetización financiera crítica que no solo enseñe a navegar el sistema existente, como usualmente se propone, sino que también fomente la reflexión sobre sus implicaciones éticas y sociales. Esto incluye el desarrollo de habilidades para evaluar críticamente las promesas de ganancia rápida y fácil, así como la comprensión de los mecanismos que subyacen a la creación de valor en la economía real y la capacidad ética de señalar y juzgar lo que a nivel sistémico no debería permitirse. Es crucial enfatizar la importancia de concentrarse en el presente y en las acciones que se puedan tomar ahora, en lugar de las que son movilizadas por expectativas futuras inciertas. Aunque parezca evidente, las voces y los cuerpos se han paralizado a la hora de enunciar que no es tolerable reducir a la sociedad a condiciones indignas y precarias. Asimismo, tampoco es soportable que el capital hegemónico se erija como una sustancia amorfía que se somete a continuas especulaciones y se aprovecha de desestabilizaciones autoinfligidas. Resulta necesario e imperante establecer acciones tendientes a recobrar los sentidos adormecidos que impiden la indignación y la salida del aislamiento individual, centrándose en las realidades y necesidades actuales en lugar de en proyecciones futuras potencialmente engañosas.

Referencias

- Aristoteles. (1993). *Ética Nicomáquea*. Gredos
- Berlant, L. (2020). *El optimismo cruel*. Caja Negra
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso
- Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo: El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Tinta Limón
- Carcanholo, M. (2017). *Dependencia, superexplotación del trabajo y crisis: Una interpretación desde Marx*. MAIA EDICIONES
- Carcanholo, R., & Sabadini M. (2013). Capital ficticio y ganancias ficticias. En S. Flores, y C. Cortes, (comps.). *La crisis global y el capital ficticio*. Arcis.
- Dupont, F. (2022). *Con cabeza fría y con toda la esperanza: Construcción de subjetividades en el capitalismo contemporáneo en las apuestas deportivas en línea* [Tesis de maestría, Universidad de los Andes]. <http://hdl.handle.net/1992/58663>
- Ehrenreich, B. (2011). *Sonrie o muere: La trampa del pensamiento positivo*. TURNER.
- Estay, J. (2023). “La actual crisis económica mundial”. En J. Estay, G. Roffinelli, y J. Morales, (comps.). *Los rumbos de la economía mundial en época de pandemia y guerra. Una mirada desde la América Latina y El Caribe*. CLACSO.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica

- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica
- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0: Qué es y cómo combatirla*. España Editores S.A
- Fridman, D. (2019). *El sueño de vivir sin trabajar: una sociología del emprendedorismo, la autoayuda financiera y el nuevo individuo del siglo xxi*. Siglo XXI Editores
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón
- Haiven, M. (2014). *Cultures of Financialization: Fictitious Capital in Popular Culture and Everyday Life*. Palgrave Macmillan.
- Hall, S. (2012). “Geographies of Money and Finance II: Financialization and Financial Subjects”. *Progress in Human Geography* 36(11), 363-403.
- Langley, P. (2006). “The Making of Investor Subjects in Anglo-American Pensions. Environment and Planning”. *Society and Space*, 24, 919-934. <https://doi.org/10.1068/d405t>
- Marqués, R., y Nakatani, P. (2013). “El Capital Ficticio y su Crisis”. En S. Flores, y C. Cortes, (comps.). *La crisis global y el capital ficticio*. Arcis.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica
- Nunes, R. (2024). *Bolsonarismo y extrema derecha global: una gramática de la Desintegración*. Tinta Limón
- Papalini, V. (2015). *Garantías de felicidad: Estudio sobre los libros de autoayuda*. Adriana Hidalgo editora
- Sadin, E. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo: Anatomía de un antihumanismo radical*. Caja Negra
- Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano: el fin de un mundo común*. Caja Negra
- Sadin, E. (2023). *Hacer disidencia: Una política de nosotros mismos*. Herder Editorial
- Sánchez, M. (2024). Cuando las inversiones se popularizan. Finanzas digitales e inversores amateurs en Argentina. *Estudios sociológicos*, 42.
- Smith, A. (1998). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Biblioteca Omegalfa
- Vergara, R. (2019). Desde el imperativo del optimismo hacia una espiritualidad bonachona: Indiferencia, autocentramiento y estoicismo. *Stultifera*, 2(2). <https://doi.org/10.4206/rev.stultifera.2019.v2n2-03>
- Villavicencio, G. (2020). Controversia en el marxismo contemporáneo: financiarización, capital que devenga interés y capital ficticio. *Ola financiera*, 13.

Autor

Mariano Terraf. Licenciado en Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. Miembro del proyecto: PIUNT H710: La Ciudadanía ante los desafíos de la antipolítica.

Declaración

Conflictos de interés

No tenemos ningún conflicto de interés que declarar.

Financiamiento

Sin ayuda financiera de partes externas a este artículo.

Nota

El artículo es original y no ha sido publicado previamente.